

del encéfalo, y por consiguiente entre los diversos estados psíquicos, persiste en general. Sólo estos grupos, con la suma de recuerdos que representan, se hallan en cierto modo inmobilizados, inaccesibles á la acción de los demás grupos, incapaces, durante cierto tiempo, de volver á entrar en la conciencia. Tal estado no puede resultar sino de condiciones fisiológicas, que escapan á nuestra investigación.

II

Hemos reservado para un estudio particular cierta forma de amnesia parcial: la de los *signos*, palabra que empleamos en su más amplio sentido, es decir, como comprensiva de todos los medios de que el hombre dispone para expresar sus sentimientos é ideas. Es este un asunto bien limitado, rico en hechos á la vez semejantes y diferentes, puesto que tienen un carácter psicológico común, el de ser signos, y, sin embargo, difieren en cuanto á su naturaleza; signos vocales, escritura, gestos, dibujo, música. Son fácil y frecuentemente observables, bien localizados, y por su variedad se prestan á la comparación y al análisis. Veremos, además, que esta clase de amnesias parciales comprueba de un modo no-

table la ley de disolución de la memoria, que hemos expuesto en el capítulo precedente bajo su forma más general.

Hay que evitar, ante todo, una mala inteligencia. El lector podrá creer que vamos á estudiar la afasia: nada de eso. En la mayor parte de los casos, la afasia supone, es cierto, un desorden de la memoria, pero con alguna otra cosa además; ahora bien, aquí sólo los desórdenes de la memoria nos interesan. Los trabajos que vienen haciéndose, desde hace cuarenta años, sobre las enfermedades del lenguaje, han demostrado que con el sólo término de afasia se designan casos muy diferentes. Y es que siendo la afasia, no una enfermedad, sino un síntoma, varía según las condiciones morbosas que la producen. Así ciertos afásicos están privados de todo modo de expresión; otros pueden hablar y no escribir, ó inversamente escribir, pero no hablar; la pérdida de los gestos es más rara. Á veces el enfermo conserva un vocabulario bastante extenso de signos vocales y gráficos; pero habla y escribe en constante contrasentido (casos de parafasia y paragrafia). Á veces no comprende ya el sentido de las palabras, escritas ó habladas, aunque el oído y la vista estén sanos (casos de sordera y de ceguera verbales). La afasia es ya permanente, ya transitoria. Con frecuencia va acompañada de hemiplejía. Esta hemiplejía, que

ataca casi siempre al lado derecho, es por sí misma é independientemente de toda amnesia, un obstáculo para escribir (1). Estos casos principales ofrecen variedades que difieren según los individuos. Se entreve la complejidad de la cuestión. Felizmente, no tenemos para qué tratarla aquí. Nuestra tarea, que es ya bastante complicada, consiste en buscar entre estos desórdenes del lenguaje y la facultad expresiva en general lo que parezca imputable sólo á la memoria.

Claro está que no debemos ocuparnos de los casos en que la afasia resulta del idiotismo, de la demencia, de la pérdida de la memoria en general; ni tampoco de los casos en que sólo está perturbada la trasmisión; así, las lesiones de la sustancia *blanca*, en los alrededores de la tercera circunvolución frontal izquierda, pueden entorpecer la facultad expresiva, permaneciendo intacta la sustancia *gris* (2). Pero esta doble eliminación apenas aligera la dificultad, puesto que la afasia se produce las más de las veces en muy otras condiciones. Examinémosla, pues, en su tipo más común.

(1) Los zurdos afásicos tienen siempre la hemiplejia á la izquierda.

(2) Véase casos de este género en Kussmaul, *Die Störungen der Sprache*, pág. 99.

Creo inútil traer aquí ejemplos que puede el lector encontrar por todas partes (1). De ordinario la afasia aparece bruscamente. El enfermo se encuentra con que no puede hablar; si trata de escribir, la misma impotencia, á lo más llega á trazar con gran trabajo algunas palabras inteligibles. Su fisonomía no pierde el aspecto inteligente. Trata de hacerse comprender por gestos. No tiene, por lo demás, ninguna parálisis de los músculos que sirven para articular las palabras; la lengua se mueve libremente. Tales son los rasgos más generales, al menos los que más nos interesan.

¿Qué es lo que ha pasado en el estado psíquico del enfermo; y, en lo que concierne á su memoria, qué ha perdido? Basta una ligera reflexión para ver que la amnesia de los signos es de una naturaleza enteramente particular. No es comparable al olvido de los colores, de los soni-

(1) La literatura de la afasia es tan abundante, que la sola enumeración de títulos, de obras ó de Memorias, llenaría muchas páginas de este libro. Desde el punto de vista psicológico se deberán consultar sobre todo: Trousseau, *Clinique médicale*, t. II; Falret, art. *Aphasie* en el *Diction. encycl. des sciences méd.*; Proust, *Archives générales de médecine*, 1872; Kussmaul, *Die Störungen der Sprache* (muy importante); H. Jackson, *On the affection of the Speech, in Brain*, años 1878, 1879, 1880, etc., etc.

dos, de un idioma extranjero, de un período de la vida. Se extiende á toda la actividad del espíritu; en este sentido es general; y, sin embargo, es parcial, puesto que el enfermo ha conservado sus ideas, sus recuerdos, y puede juzgar de su propia situación.

En mi opinión, la amnesia de los signos es, sobre todo, una enfermedad de la *memoria motora*; esto es lo que le da su carácter propio, lo que hace que se presente bajo un nuevo aspecto. Pero ¿qué debemos entender por «memoria motora», expresión que á primera vista puede sorprender? Es una cuestión tan poco estudiada por los psicólogos que es difícil hablar de ella de pasada con claridad y es imposible que la tratemos aquí por extenso.

Ya he tratado en otra parte (1), aunque de un modo sumario é insuficiente, de hacer resaltar la importancia psicológica de los movimientos y de mostrar que todo estado de conciencia implica, en cierto grado, elementos motores. Para atenerme á lo que por el momento nos concierne, haré notar que nadie tiene dificultad en admitir que las percepciones, las ideas, los actos intelectuales en general, no se nos fijan, no forman

(1) Véase la *Revue philosophique*, Octubre, 1879; véase también un excelente capítulo de Maudsley, *Physiologie de l'esprit*.

parte de la memoria, sino á condición de que haya en el encéfalo ciertos residuos, que consistirían, á nuestro entender, en modificaciones de los elementos nerviosos y en asociaciones dinámicas entre estos elementos. Sólo con esa condición pueden conservarse y reavivarse. Pero es preciso que pase lo mismo con los movimientos. Los que nos ocupan, que se producen en la palabra articulada, en la escritura, en el dibujo, en la música, en los gestos, no pueden conservarse y reproducirse sino á condición de que haya residuos motores, es decir, siguiendo la hipótesis tantas veces expuesta, modificaciones en los elementos nerviosos y asociaciones dinámicas entre esos elementos. Por lo demás, cualquiera que sea la opinión que se profese, claro está que si no queda nada de una palabra pronunciada ó escrita por primera vez, sería imposible aprender á hablar ó escribir.

Admitida la existencia de residuos motores podemos ya comprender la naturaleza de la amnesia de los signos.

Nuestra actividad intelectual consiste, como es sabido, en una serie de estados de conciencia asociados según ciertas relaciones. Cada uno de los términos de esta serie parece sencillo en la conciencia: no lo es en realidad. Cuando hablamos ó cuando pensamos con un poco de clari-

dad, todos los términos de la serie forman parejas, compuestas de la idea y de su expresión. En el estado normal la fusión entre estos dos elementos es tan completa, que no forman más que uno, pero la enfermedad prueba que pueden dissociarse. Más aún, la expresión «pareja» no es suficiente. No es exacta más que para la parte del género humano que no sabe escribir. Si pienso en una casa, á más de la representación mental, que es el estado de conciencia propiamente dicho, á más del signo vocal que traduce esta idea y que parece ser uno con ella, existe un elemento gráfico, casi tan íntimamente fundido con la idea, que hasta se hace predominante cuando escribo. No es esto todo; alrededor del signo vocal casa, se agrupan por una asociación menos íntima los signos vocales de otras lenguas que conozco (*domus, house, Haus, maison, etc.*). Alrededor del signo gráfico casa se agrupan los signos gráficos de estas mismas lenguas. Se ve, pues, que en un espíritu adulto, cada estado de conciencia claro, no es una unidad simple, sino una unidad compleja, un grupo. La representación mental, el pensamiento, no es, propiamente hablando, más que el núcleo; á su alrededor se agrupan signos más ó menos numerosos que le determinan.

Si se comprende bien esto, el mecanismo de la amnesia de los signos se pone más en claro. Es

un estado patológico en el cual, permaneciendo casi intacta la idea, una parte ó la totalidad de los signos que la producen se olvida temporalmente ó para siempre. Hay que completar esta proposición general con un estudio más detallado.

1.º ¿Es cierto que en los afásicos subsiste la idea, aun después de haber desaparecido su expresión verbal y gráfica?

Hay que notar que no se trata aquí de examinar si es posible pensar sin signos. La cuestión planteada es muy otra. El afásico ha poseído el uso de los signos; ¿desaparece en él la idea con la posibilidad de traducirla? Los hechos responden negativamente. Bien que se esté de acuerdo en reconocer que la afasia, sobre todo cuando es de larga duración y grave, va siempre acompañada de cierto debilitamiento de espíritu, no es dudoso que la actividad mental persiste, aun cuando sólo tenga los gestos para traducirse. Abundan los ejemplos, pero sólo citaré algunos.

Ciertos enfermos privados solamente de una parte de su vocabulario, pero incapaces de encontrar la palabra justa, la reemplazan por una perífrasis ó una descripción. Por tijeras dicen «lo que sirve para cortar»; por ventana «el sitio por donde se ve la luz». Designan un hombre por el sitio en que habita, por sus títulos, sus funcio-

nes, por las invenciones que ha hecho, por los libros que ha escrito (1).

En casos más graves vemos que los enfermos juegan á las cartas, haciendo bien sus cálculos y reflexiones; otros dirigen la gestión de sus negocios. Tal, por ejemplo, ese gran propietario de que habla Trousseau «que se hacía presentar los contratos, etc., y por medio de gestos, inteligibles sólo para sus allegados, indicaba las modificaciones que había que hacer, modificaciones que generalmente eran útiles y razonables». Un hombre, completamente privado de la palabra, presentó á su médico una historia detallada de su enfermedad escrita por él mismo en buenos términos y con mano firme.

Tenemos, además, el testimonio de los enfermos mismos después de su curación. «Había olvidado, dice uno de ellos, todas las palabras, pero conservaba mi pleno conocimiento y toda mi voluntad. Sabía muy bien lo que quería decir y no podía decirlo. Cuando usted (el médico) me preguntaba, le comprendía perfectamente: reunía todos mis esfuerzos para responder; im-

(1) El afásico confunde con mucha frecuencia las notas, dice *feu*, por *pain*, etc., ó forja palabras ininteligibles; pero estos desórdenes me parecen una enfermedad del lenguaje más bien que de la memoria.

posible acordarme de las palabras» (1). Rostan, atacado súbitamente é incapaz de pronunciar ó de escribir una sola palabra, «analizaba los síntomas de su enfermedad y trataba de referirlos á alguna lesión particular del cerebro, como lo hubiera hecho en una conferencia clínica». El caso de Lordat es muy conocido: «Era capaz de coordinar una lección, de cambiar la distribución en su espíritu; pero cuando debía manifestarse el pensamiento por la palabra ó escritura, la cosa era imposible, aun cuando no tenía parálisis alguna» (2).

Podemos, pues, considerar como probado, que, aun cuando hayan desaparecido los medios de expresión, la inteligencia permanece casi intacta y que, por tanto, la amnesia se concreta á los signos.

2.º ¿Depende esta amnesia, como hemos dicho, de los elementos motores *sobre todo*? Al determinar más arriba la existencia necesaria de los residuos motores, no examinamos el proble-

(1) Legroux, *De l'aphasie*, pág. 96.

(2) Para los hechos, véase *sobre todo* Trousseau. op. cit. Lordat, ardiente espiritualista, ha sacado de aquí varias consideraciones sobre la independencia del espíritu. Pero se hacía ilusiones. Á juicio de los que le han conocido, quedó, después de su curación, muy inferior á sí mismo. Véase Proust, loc. cit.

ma en toda su complejidad. Hay que volver sobre ello.

Cuando se nos enseña á hablar nuestra propia lengua, ó un idioma extranjero, hay sonidos, signos acústicos, que quedan registrados en nuestro cerebro. Pero esto sólo es una mitad de nuestra tarea. Hay que repetirlos, pasar del estado receptivo al estado activo, traducir estos signos acústicos en movimientos vocales. Esta operación es muy difícil en su origen, porque consiste en coordinar movimientos muy complicados. No sabemos hablar hasta que reproducimos fácilmente esos movimientos, es decir, cuando están organizados los residuos motores.

Al aprender á escribir fijamos los ojos sobre un modelo; los signos ópticos vienen á registrarse en nuestro cerebro; después, con muchos esfuerzos, tratamos de reproducirlos por los movimientos de nuestra mano. Todavía aquí hay una coordinación de movimientos muy delicados. No sabemos escribir hasta que los signos ópticos se traducen inmediatamente en movimientos, es decir, cuando los residuos motores están organizados.

Las mismas observaciones son aplicables á la música, al dibujo, á los gestos aprendidos (los de los sordo-mudos, por ejemplo). La facultad expresiva es más compleja de lo que parece. Las ideas ó los sentimientos, para traducirse, nece-

sitan una memoria acústica (ú óptica) y una memoria motora. ¿Qué razón hay para sostener que es sobre todo esta memoria motora la que sufre en la amnesia de los signos?

He aquí lo que pasa en la mayor parte de los afásicos. Presentadles un objeto vulgar, un cuchillo. Dad á tal objeto nombres inexactos (tenedor, libro, etc.) Denegación de su parte. Pronunciad la palabra propia. Gesto afirmativo. Si les pedís que la repitan inmediatamente, bien pocos son capaces de hacerlo. Han conservado, pues, no solamente la idea, sino el signo acústico, puesto que lo reconocen entre muchos y lo cogen al paso. Como son incapaces de traducirlo en la palabra, y como los órganos vocales están intactos, preciso es admitir que la amnesia actúa sobre los elementos motores.

La misma experiencia puede hacerse por lo que respecta á la escritura; en los afásicos que no son paralíticos, conduce á los mismos resultados y á la misma conclusión. El enfermo ha conservado la memoria, los signos ópticos, ha perdido la de los movimientos necesarios para reproducirlos. Algunos pueden copiar; pero, en cuanto les quitan el modelo, quedan impotentes.

Por lo demás, sosteniendo la tesis de una amnesia motora en la mayor parte de los casos, no pretendo que así sea siempre. En una cuestión tan compleja hay que guardarse de afirma-